

Carlos Raimundi

25 años de continuidad institucional: luces y sombras de la política exterior

Carlos Raimundi

Diputado de la Nación (SI),
Miembro de la Comisión
de Relaciones Exteriores y Culto

Resulta poco sencillo hacer un balance objetivo de la política exterior argentina de los últimos 25 años. Una primera impresión nos lleva a coincidir con Roberto Russel en que nuestra política exterior se caracterizó por su tendencia a la desmesura y la sobreactuación, por su pasión por la “reinserción” y por la falta de capacidad para dar un cauce estable a las relaciones con Estados Unidos y América Latina, en especial con nuestro “socio estratégico”, Brasil.¹ Esta es una primera afirmación que muy pocos pueden dejar de compartir.

También hay coincidencia, creo, en identificar las causas de esta situación. Un mínimo análisis de las condiciones que han favorecido el éxito de algunos países en las últimas décadas, tanto en materia de crecimiento y desarrollo económico sostenido, como de políticas públicas eficaces, coloca a la calidad institucional y el respeto de las reglas en un lugar decisivo. Las condiciones de éxito de la política exterior no son diferentes y por lo tanto no resulta razonable esperar una política exterior marcadamente superior a la calidad de las instituciones en las que se funda. Es sin duda esta la causa principal de que nuestra política exterior (y doméstica) tenga luces y sombras, y que aún queden muchas deudas pendientes en estos 25 años de continuidad democrática.

La política exterior argentina y más ampliamente las relaciones de la Argentina con el mundo cambiaron sustancialmente en estos 25 años. Como sostuvo el ex canciller Rafael Bielsa: “en breves y cortos períodos pasamos del no alineamiento militante a las relaciones carnales, (...)

sobreactuamos a lo largo y ancho del mundo sin un hilo rector que brindase coherencia y sentido a nuestras acciones. La salida coyuntural fue disfrazada de definición estratégica. Nuestros bruscos cambios de veredas atentaron contra nuestros propios intereses ya que minaron nuestra previsibilidad y confiabilidad”.²

Ahora, y para ser justos, el primer y principal contraste en nuestra política exterior ha sido el que operó con el cambio de régimen en diciembre de 1983. Veníamos de un régimen que había desconocido el laudo arbitral sobre la cuestión del Beagle y había llegado al borde de una guerra con Chile, había participado en el golpe de Estado en Bolivia, había entrenado tropas para derrocar al gobierno sandinista de Nicaragua y, finalmente, había abandonado las negociaciones diplomáticas y entablado una guerra con el Reino Unido por nuestro reclamo de soberanía sobre las Islas del Atlántico Sur. A esto hay que sumarle las atrocidades en materia de derechos humanos, el desmantelamiento del sistema productivo y el crecimiento de la deuda externa que ponían a la Argentina, prácticamente al margen del mundo. Todo esto en un contexto externo marcado por el aumento de las tensiones de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, por el ascenso de conservadurismo político (Reagan, Thatcher) y el liberalismo económico y por la crisis de la deuda externa.

El presidente Alfonsín, desde su ascenso al Gobierno, buscó instrumentar una política exterior acorde con lo anunciado en su campaña y plataforma electoral. Sus prioridades externas fueron sintetizadas por el canciller designado,